Antón Costas

Hablemos entre nosotros

Estamos abocados a una peligrosa fractura social en Catalunya o, por el contrario, aún estamos a tiempo de evitarla? ¿Todavía es posible mantener una conversación compatible con las diferentes preferencias ideológicas y opciones políticas que tengamos cada uno de nosotros? Si es posible, ¿cuáles son los espacios donde llevarla a cabo, y cuáles deberían ser los contenidos?

Antes de dar una respuesta a esas cuestiones necesitamos ponernos de acuerdo sobre lo que entendemos por fractura social. En mi caso, diferencio este término del de división de preferencias sociales y del de polarización política. De hecho, podemos imaginar una sociedad con una fuerte polarización política en la distribución del voto y con unas preferencias sociales muy diferenciadas respecto a cuestiones como religión, divorcio, aborto, educación o lengua donde, sin embargo, no exista fractura.

Pero este tipo de sociedades pluralistas son como el *trencadís* de Gaudí, necesitan un pegamento que mantenga unidas a sus diferentes partes. Si ese pegamento se seca, el *trencadís* de la sociedad plural se fractura y se rompe.

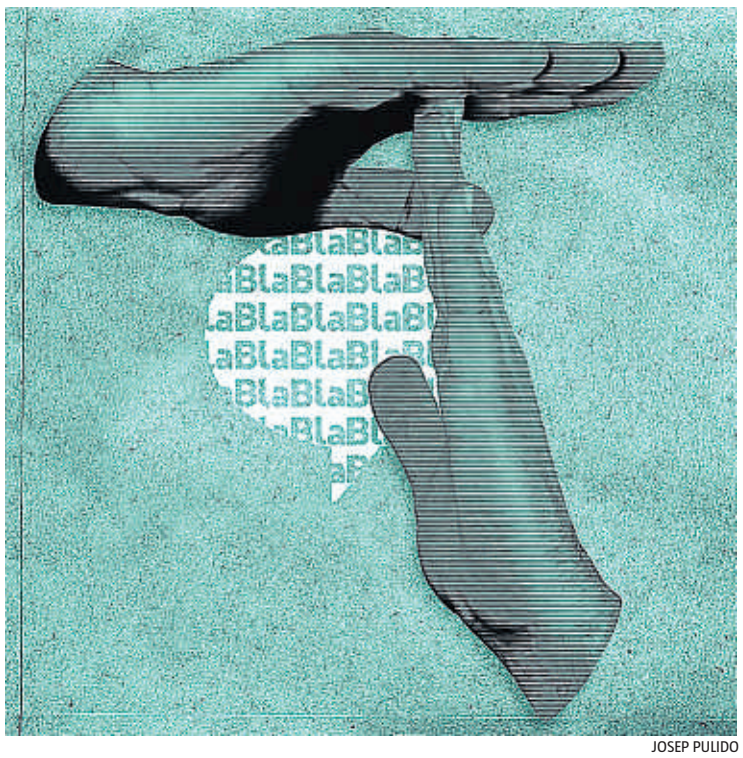
¿Cuál es el pegamento que evita la fractura? A mi juicio, la capacidad de una sociedad para mantener una conversación común sobre los fundamentos básicos del orden social y las reglas de la convivencia cívica. En mi análisis, la idea de fractura está más relacionada con los contenidos de esa conversación que con el voto electoral.

Conversar no es sólo hablar o debatir. Conversar significa escuchar al otro no para rebatirlo, sino con el ánimo de comprender sus preferencias y argumentos. Conversar supone complicidad y predisposición a llegar a arreglos de convivencia.

Volvamos ahora a la pregunta inicial. ¿Por qué nos preguntamos si hay fractura social en Catalunya? Porque tenemos miedo de que esa conversación común esté desapareciendo. Sabemos que sería devastador para la convivencia y el progreso económico. Pero la solución no es convertir esa idea en un tabú. Al contrario, hemos de mantener esa cuestión dentro de la conversación cívica.

Los resultados de las elecciones autónomas del 27 de septiembre hablan de una gran pluralidad política. No hay polarización, al margen de que se quiera leer sus resultados en términos plebiscitarios. Hasta me atrevo a decir que hay pluralidad en ambos polos. Algo que queda reflejado en la dificultad que hay ahora para formar gobierno.

Pero esas elecciones no nos dicen qué está pasando con la conversación civil. No hay estadísticas sobre esta cuestión. Una forma de aproximarnos es preguntándonos qué está ocurriendo en la conversación que mantenemos en los entornos familiares, de amistad, laborales o asociativos en los que nos movemos. Cuantos más temas estemos excluyendo, más líneas de fractura social tendremos.



JOSEP PULIDO

A mi juicio, Catalunya es hoy una sociedad tensa y expectante, pero no está fracturada de forma irreversible. Estamos a tiempo de evitarlo. Hay margen. Aun cuando se hable de dos bloques –el del sí y el del no– se reconoce que existe una gran pluralidad dentro de ellos. Como ocurrió con el catalanismo político, el proceso catalán tiene suficientes grados de ambigüedad como para permitir arreglos de convivencia que eviten la fractura.

¿Cuáles deberían ser los contenidos de esa conversación común? A mi juicio, no tanto las políticas, que es el ámbito propio de los partidos y las elecciones, como el debate racional sobre las reglas de la convivencia cívica. Cuanto más diferentes son nuestras preferencias, más esfuerzo tenemos que hacer para ponernos de acuerdo en las reglas que utilizamos para tomar decisiones sociales. Ese debate racional requiere coraje cívico para no dejarse vencer por la acusación del discurso del miedo.

Y ¿cuáles son los ámbitos en los que tendríamos que desarrollar esa conversación? En principio en todos, incluido el familiar y el de los amigos. Pero especialmente en los ámbitos asociativos y en los medios de comunicación. Es importante mantener asociaciones con fuerte grado de transversalidad y lealtad interna entre sus miembros para ser capaces de conversar sin fractura. Y es muy importante también tener medios de comunicación que sepan conciliar sus preferencias ideológicas con la práctica de la conversación plural.

En un tiempo de preferencias ideológicas muy diferenciadas y de polarización política puede parecer ingenuo proponer que el camino para evitar la fractura sea que hablemos entre nosotros. Pero esa conversación es el camino para encontrar arreglos que permitan la convivencia durante un tiempo, a la espera de que las generaciones jóvenes y futuras vuelvan a encontrar sus propios arreglos.

La convivencia civil no es una ecuación matemática que tenga una única solución permanente; es un proceso dinámico que hay que gestionar mediante arreglos temporales en los que la conversación cívica tiene un papel irreemplazable. El influyente economista y politólogo Albert O. Hirschman publicó hace años un sugerente ensayo con el título de *Salida, voz y lealtad*, en el que defendía las virtudes de la voz, de la conversación, para restaurar las líneas de fractura de las organizaciones y de los países. Su lectura es muy útil hoy para analizar el problema catalán.●

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

Enric R. Bartlett Castellà

Buenos y malos ejemplos

Que tu ejemplo produzca en los demás una influencia civilizadora es una descripción de la ejemplaridad, en la siempre sugerente lectura del filósofo Javier Gomá, que, además, nos recuerda que va más allá del estricto cumplimiento de la ley.

Y como el respeto a la ley, a su letra y a los principios que le dan sentido, dejaría en blanco casi todos los titulares escandalosos de personas con relieve público, permítanme una divagación sobre la que pudiera ser contribución a la ejemplaridad de quienes, enarbolando la bandera anticorrupción, han franqueado las puertas de parlamentos y consistorios. También de aquellos electos por las fuerzas políticas tradicionales que jamás han transgredido la ley.

En un Estado de derecho no se puede escoger qué parte del ordenamiento cumplir, aunque se pueda combatir a través de sus procedimientos si se considera injusto. Por eso, me parece un camino equivocado infringir las normas sobre símbolos estatales con que algunos de los nuevos ediles se han estrenado, recomenzando viejas guerras de banderas y retratos.

Los insultos de palabra, o de obra, a otros representantes, que tampoco son nuevos, evidencian una falta de respeto a estos y a quienes les han votado que, además, mina las bases de una convivencia civilizada. Son precisamente esas acciones las que son no ejemplares, estén prohibidas o no por el reglamento aplicable.

Finalmente, una consideración sobre el código de vestir por parte de alguien que no es, y mi esposa puede confirmarlo, árbitro de la elegancia. La vestimenta es una construcción social que, en los ámbitos donde se desarrollan actividades en común, se sujeta en cada momento histórico a unas convenciones. Así, en el club reformista de Londres fundado en 1836 para impulsar la ampliación del voto, la exigencia habitual de chaqueta y corbata se relaja en determinadas horas y lugares; pero las chancletas y las *T-shirts* están prohibidas siempre.

Modales en la conversación y modales en los usos del vestir son pautas de comportamiento que permiten una mejor relación con nuestros conciudadanos. Tal vez podamos concluir que, si a cumplir las leyes añadimos practicar la urbanidad, ganaríamos en ejemplaridad y bienestar.●

E.R. BARTLETT CASTELLÀ, *profesor de Esade Business & Law School (Universitat Ramon Llull)*

Pilar Rahola

La santa inquisición

Hay dos premisas que son mano de santo para imponer determinadas corrientes de opinión, sobre todo desde el córner izquierdo: una es poner cara de cabreo permanente, por aquello de que la intelectualidad de izquierdas no se permite el cachondeo. La otra, plantarse en el ágora pública con desacomplejada superioridad moral, atizando a los erráticos terrenales que no suscriben la verdad del consagrado gurú. Cara de úlcera de estómago, mal rollo dialéctico, salpicado de insultos, pretendida independencia y, por supuesto, un desprecio atávico por las miserias catalanistas, y ya tenemos instalado en el Olimpo de los dioses al atizador progre oficial. Es lo que tiene haber sentido pasiones adolescentes por la Rumanía de Ceausescu, que después ya no sufren complejos por nada.

¿Será por ello, por la falta de complejos, que mi vecino de los sábados se permite insultar a media Catalunya, provisto de una pretendida altitud moral? A media Catalunya, a sus partidos políticos, sus líderes, sus derechas y sus izquierdas, y al *tutti quanti* que haya tenido la osadía de sentir alguna

Son las pasiones adolescentes por la Rumanía de Ceausescu, que curan para siempre los complejos

tentación soberanista, axioma de todos los pecados de la humanidad. "Payasos ansiosos de fronteras", espeta el martillo de herejes, enviando al fuego purificador a todos los que no cumplen con su catecismo de ortodoxia progre. Ni la CUP se salva, convertida en "*el caganer*", ya que los únicos buenos del pesebre catalán son los que reciben su bula papal: Duran y sus chicos, Rivera, un poquito de Albiol, Colau, y el resto es un desierto de ideas, un erial de honestidad, el grado cero de la inteligencia. Dos millones de votantes metidos en la estupidez más evidente, y nuestro amigo luminoso –e iluminado– tomando nota de la estulticia. ¡Qué haríamos sin estas mentes preclaras que nos señalan la absurdidad de nuestros pensamientos!

¡Qué haríamos sin su dedo acusador, sin su fuego purificador, sin su verbo impío! Suerte hayla de que entre tanto tonto aplicado y tanto malo camuflado existan los Moranes avizores que ven la luz más allá de las tinieblas. Catalunya es una tierra perdida, con unas elecciones horrorosas y unos políticos infernales, y la única esperanza de salvación la tiene el inquisidor mayor de la progresía, que detecta herejes y muestra el camino Colau a seguir.

¿Sorpresa por el insultante alegato? A estas alturas del viaje, no nos sorprenderemos. La tradición de un viejo comunismo, ahora transmutado en progresismo alternativo, de hacer listas negras, dividir al pueblo entre los equivocados y los iluminados y hablar desde la superioridad moral autootorgada es algo muy sudado. Debe de ser cosa de la autoestima, que va muy sobrada. Pues nada, a continuar la rueda: unos, haciendo el payaso con el soberanismo, Catalunya y el alioli; y otros, denunciando sin piedad el pérfido complot de la Moreneta. Es lo que tiene este magnífico país, que tiene de todo.●